

---

## EL SACRIFICIO DE ABRAHAM

Marcel Légaut <sup>(1)</sup>

Kierkegaard ejerció sobre mí, si no la influencia más positiva, sí la más percutiente. *Temor y temblor* me sacudió. No comparto su visión luterana y pesimista del hombre pero hay en él un vigor espiritual excepcional. Para mí, es hermano del Nietzsche de Zaratustra, que me aportó mucho junto con el Heidegger de Waehrens.

En *Temor y temblor* –el único libro suyo que he leído–, su interpretación del relato de Abraham, que sacrifica a su hijo, me parece radicalmente falsa. Lo que Abraham vivió es sin duda completamente distinto pero no menos grande; es mucho más grande que una obediencia absoluta y heroica a una orden venida de una costumbre bárbara. Se trata de una desobediencia por fidelidad fundamental e íntima; se trata de una desobediencia radical que las Escrituras han registrado y justificado según las maneras de la época. Fue la primera aproximación perceptible, en la historia de la fidelidad, a una exigencia imperiosa de la conciencia, en particular a la exigencia que extrae su extrema potencia de la paternidad elevada al nivel propiamente humano. Esta exigencia interior, personal, rechaza, a pesar del escándalo y de la “falta religiosa” que conlleva, concebir a Dios como un ser extraño a lo que dicha exigencia es en sí misma; rechaza concebir a Dios como un ser que negaría dicha exigencia en nombre de su poder sin límite, o que tan sólo simularía negarla para poner a prueba, como en un experimento, la fe del hombre.

---

(1) Ver *Patience et passion d'un croyant*, París, 1990, págs. 45-48.

A través de la complejidad de su situación y de su conducta cara a su prometida, Regina Olsen, y como para justificar a sus ojos una decisión que no deja de presentar algunas ambigüedades, Kierkegaard ve la historia de Abraham, en razón de sus convicciones luteranas, como el enfrentamiento trágico del hombre con Dios que le pone a prueba, igual que a Job. Su pensamiento está dominado por la concepción de un Dios esencialmente exterior al hombre, radicalmente independiente, y con un poder discrecional sobre el hombre, tal como se desprende, de forma general, del Antiguo Testamento.

Ahora, en cambio, nos vemos conducidos a una visión muy diferente gracias al Evangelio, donde se transparenta la relación de Jesús con Dios –su Padre, como él decía–; un Dios cuya voluntad particular sobre cada hombre se apoya sobre los instintos fundamentales, así como sobre las potencialidades de todo orden que están depositadas en él, y los eleva, tanto a unos como a otras –instintos y potencialidades–, al nivel humano que hace de cada uno, de acuerdo con lo que es en sí mismo, un ser singular.

Es cosa del hombre corresponder por fidelidad –una fidelidad radicalmente otra que una obediencia de disciplina– a unas exigencias interiores que emergen poco a poco a la conciencia gracias a su vida espiritual y al crecimiento de su fe. Sin duda esas exigencias, para nacer en cada uno, se sirven de las leyes impuestas normalmente desde fuera de forma general y para todos. Sin embargo, las primeras adaptan las segundas a sus necesidades y posibilidades: esas exigencias desbordan las leyes tanto por su extensión como por su profundidad y dan, al hombre que las acoge y corresponde a ellas, la responsabilidad de la libertad al nivel del ser.

Para mí, Dios fue, por mi formación cristiana, una evidencia de partida y el autor de la ley –cosa que ya no puede ser para quienes crecen en un medio espontánea y comúnmente ateo. En cambio, ahora es, para mí, esencialmente, Aquél al que me tengo que acercar, a lo largo de mi maduración espiritual, en la medida en que ésta me permite tomar conciencia, poco a poco, de lo que se me pide íntimamente, de lo que se esfuerza por despuntar en mí –todo cosas a

las que debo corresponder con la fidelidad más total de la que sea capaz-, para entrar así en la intelección de lo que soy en mí mismo y de mi trascendencia cara al conjunto de lo creado; lo cual, en definitiva, me habilita ante Dios.

Dios, al menos lo que yo soy capaz de alcanzar no de él mismo sino de su acción en lo más interior de mí mismo –Él, el impensable y el otro que no es sólo totalmente otro-, está al cabo de mi camino hacia mi humanidad. Todo lo que sé de Él, por más útil que pueda serme con tal de que no me detenga en ello –pues de lo contrario supondría un obstáculo-, es ídolo que debo criticar para rebasar la idolatría correspondiente.

Este giro es capital y dirige el porvenir espiritual en el mundo; dirige el porvenir de este mundo donde, en adelante, la existencia de Dios ya no es una evidencia generalmente admitida de tanto como la creencia que antaño se tenía espontáneamente es impugnada –la cual, a decir verdad, es impugnable. La historia de Abraham, leída con este espíritu, marca una etapa capital en la concepción de Dios. Jesús prosiguió ese progreso, por un lado, al afirmarse su hijo a medida que crecía humanamente y tomaba mayor conciencia de su intimidad con Dios, del que había recibido todo, y, por otro, al llamarnos a ser sus hermanos y a llegar a ser, con él, coherederos de Dios por el camino que él nos muestra.